



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificación

Diario de una confinada

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

PAOLA TENA

paolatenar@gmail.com

PRIMER PREMIO EN LA CATEGORÍA DE CUENTO EN EL
CONCURSO “MICRORRELATO Y CUENTÍSTICA DEL
CONFINAMIENTO EN CASA”, ORGANIZADO POR LA
FUNDACIÓN ÁNGEL HERERRA ORIA Y EL PROYECTO DE
INVESTIGACIÓN MiRED

Número 8 pp. 108-111
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

Diario de una confinada

DÍA 3

Amanecí un poco triste. Es que ves mucho para adentro, dice mi marido. Ha llovido casi toda la mañana, pero en un rato de calma salgo al jardín. Desde aquí se ve la autopista; está casi vacía, cuando apenas hace una semana a esta hora los coches se detenían en cola por culpa del tráfico. Nunca he sido supersticiosa pero el ánimo –o el desánimo– me hace imaginar que si miro circular dos coches y detrás de ellos un camión, tendré buena suerte. Coche–coche–camión. Luego otra vez. Buena suerte, nada puede salir mal. Entonces pienso en qué triste es todo esto, y lloro de espaldas a la ventana sin hacer ruido, para que mi marido no se asuste. Me seco las lágrimas con un kleenex viejo, y miro otra vez a la autopista. Coche–coche–coche y ningún camión. Pero a pesar de todo, sí que tendremos suerte, me digo a mí misma.

DIA 14

En confinamiento estamos más al corriente de los quehaceres del vecino que de los de la propia familia. El mío sabe cuándo son las ocho porque hago yoga y me ve estirarme en la ventana frente a la suya saludando al sol. Yo sé que va a beber el primer café del día porque abre su persiana y se asoma a ver cómo amaneció el cielo. Él conoce de memoria mi lista de canciones –aunque oigo música con el volumen bajo intentando no molestar– y sé que prepara el almuerzo por el chocar de las ollas y el olor a caldo de pollo que llega hasta mi cocina. Me quedo un rato mirando desde el balcón y me desconcierta pensar que dentro de cada casa hay alguien pero no lo parece, existe una doble realidad, una esfera de existencia en el centro de otra más grande llena de nada, vacía de nosotros.

Y de pronto una mañana no sé más de mi vecino y me temo lo peor, dos días seguidos sin persiana ni caldo de pollo ni miradas saludando al sol. Hasta que por fin al tercer día, lo oigo toser.

DÍA 18

Susana me envía fotografías de su viaje a México. Recorre el país de punta a punta en un coche alquilado con su hijo en el asiento trasero; el marido conduce y ella usa una pamelita enorme. Parece una estrella de cine con gafas de sol cuando baja la ventanilla al aproximarse al siguiente pueblo, y desciende del coche como si el lugar le perteneciera. Se acerca al primer puesto de artesanía que encuentra y acaricia las figuritas de madera, las muñecas de tela, los diminutos camiones de lata y dice “¡qué lindos!” cuando su mirada se cruza con la de la anciana que también parece estar tallada en madera, sentada en cuclillas detrás de una mesa que le sirve como improvisado puesto de ventas, la mirada gacha sin prestar atención a la turista que acaricia los juguetes.

La anciana no sabe qué es eso del virus pero intuye que debe ser algo terrible, como los perros enrabietados que mordieron a tres de los suyos cuando era niña. El policía municipal le ha pedido que cierre el puesto y se quede en casa, que tranque la puerta con

su familia dentro, pero la anciana de la piel gruesa como un muro decide que es mejor morirse rápido de algo que no conoce en vez de fallecer lentamente por culpa del hambre, que a fin de cuentas es una vecina más del pueblo.

Entonces la mano blanca de mi amiga Susana –que ha terminado de palpar una por una las figuritas de madera, cada bolsito, todos los broches para el cabello diciendo “qué lindo”– saca de sus cavilaciones a la anciana preguntándole el precio, y ella responde con voz queda, como proveniente de muy lejos: “llévate tres, dame diez pesos”.

DÍA 23

Las nubes, esponjosos zepelines gigantes, proyectan sombras que recorren el monte cercano como haciéndole una caricia enorme. Una ráfaga de viento agita las hojas de los árboles, que parecen titilantes estrellas verdes.

Todo se mueve, incluso nosotros aunque no lo parezca, solo que desconocemos hacia dónde vamos.

DIA 32

El récord de mi amiga Angelita de libros leídos en un año es de cuarenta y ocho: una lectora entusiasta. O lo era, porque con el confinamiento ya no lee más. Se apoderó de ella una extraña aversión a siquiera tocar un libro. Le parece que su vida ha cambiado tanto y tan de prisa, que mutilaron sus hábitos de una manera tan certera y las noticias del mundo exterior son de tal modo bizarras que se ha convencido de vivir dentro de una ficción.

Por eso, el día en que notó una referencia a su confinamiento oculta en el diálogo entre dos personajes, cerró el libro de golpe y no ha vuelto a leer más. Angelita sabe con seguridad que su realidad se ha esfumado.

DÍA 36

Miro a las abejas afanándose alrededor de una florecita amarilla de verode. Van y vienen, se posan y vuelan. Son. No se preguntan, ni se lamentan, tampoco otean el futuro o se preocupan. Solo son, y nada más.

DIA 38

Mi amigo Felipe me llamó dos semanas después de la muerte de su padre. “Pero ¿seguro de que este es él?”, le preguntó al director de la funeraria, quien le contestó que sí, sin lugar a dudas, aunque “ahora que fallecen mil personas cada día, nadie puede estar seguro de nada”, remató. Dicen que a veces entierran a las personas con el nombre cambiado, y los deudos ni siquiera se dan cuenta, porque el féretro no se abre.

El padre de mi amigo fue un hombre en exceso cuadrado y riguroso que habría encontrado esta situación insostenible. Felipe me confesó que dada la prohibición de acudir al cementerio, improvisó un altar en casa para dejarle flores frente a un retrato suyo y poco a poco acudieron a su mente recuerdos olvidados de vivencias junto a él, como aquella vez en que lo llevó al parque y lo abrazó cuando se peló las rodillas al caerse de la bicicleta; o el día en que emocionado le entregó el anillo de boda de su madre; o esa

ocasión del apretón de manos infinito para reconfortarlo por haber perdido su primer empleo.

Pero mi amigo se dio cuenta de que ninguno de esos recuerdos era real, que su padre se le fue olvidando y en su memoria se infiltró el hombre que –sin pretenderlo– usurpa su tumba; Felipe retiró las flores, bajó el retrato de la repisa y desde entonces nos llama con frecuencia para contarnos lo comprensivo y amable que siempre fue su padre, hasta el día de su muerte.

DÍA 52

Hoy anunciaron en la radio que han muerto casi treinta y ocho mil personas en este país. Pienso en ciudad Rosales –donde hice prácticas durante un año–, un pueblo grande con una plaza para pasear los fines de semana y encontrarse con los amigos, con un bar en la esquina y el cine siempre cerrado enseguida del palacio de gobierno. Recuerdo que la gente era sencilla y pobre, apreciaban la ayuda que recibían pero no lo demostraban; vivían de recoger nueces en los campos nogaleros y dos enfermeras ancianas –con quienes trabé amistad– me invitaban a almorzar con ellas para que no comiera sola. Tenía más o menos cuarenta mil habitantes, y cuando escucho la radio pienso que es como si la pandemia hubiera matado al pueblo entero –a los amigos estrechándose la mano en la plaza, las ancianas que acuden a misa de ocho, a los niños que juegan fútbol frente al cine cerrado, las mujeres recogiendo nueces de los nogales– en tan solo dos meses.

DÍA 57

A veces la realidad se fisura, se resquebraja, y de esa grieta brotan monstruos, quimeras, pesadillas...

DÍA 62

Al inicio del confinamiento me dio por llamar a alguien de mi agenda cada día. Los nombres se fueron agotando poco a poco hasta que me quedó el puñado de los que me dio por llamar los contactos improbables. Cuando llamé a mi abuela, la última de la lista, y me respondió al segundo timbre de teléfono a pesar de haber fallecido hace doce años, supe que ya todo ha terminado, por fin.